

J U I C I O

SOBRE LOS "SIETE TRATADOS"

DE

DON JUAN MONTALVO.



QUITO.

IMPRESA DE MANUEL VELASCO PÓLANCO.

1884.

Comptado a Sr. A. Ribadencira
1918

LOS "SIETE TRATADOS"

DE DON JUAN MONTALVO.

A fines del año anterior se publicó en esta ciudad un folleto, con las noticias venidas en diversos periódicos españoles y franceses, sobre la manera con la que al Sr. Montalvo se le había recibido y tratado en la capital de España por los más notables personajes, y con los juicios más que lisonjeros para el escritor ecuatoriano, publicados en los periódicos de Madrid y de París sobre los "Siete tratados." Posteriormente hemos visto documentos honrosísimos para el autor, entre ellos, las cartas de César Cantú y de D' Amicis, hombres más que competentes para juzgar la obra y los principios de Montalvo, y quienes, con esa autoridad reconocida y acatada generalmente, elevan su mérito, en todos aspectos, á una altura á que no ha llegado escritor alguno sudamericano.

Hoy reproducimos varios de esos documentos como única contestación al seudónimo del propietario de "Los Andes" y á los envidiosos que colocados tras el sillón de un Ilustrísimo hechó por obra y gracia de Ygnacio

Veintemilla, le han soplado la censura de la obra que tanto ruido está metiendo en las grandes naciones de Europa y en todas las de la América del Sur. Montalvo no ha escrito para el Ecuador ¿qué le importa que en este pobre rincón del mundo salga por ahí un majagranzas á desmentir á los primeros escritores europeos, y un Ilustrísimo, con toda su cola de hábito y bonete, á proscribir la obra á la cual le abren las puertas con aplauso todos los pueblos civilizados? ¿qué le importan los ladridos que los perros dirigen á la luna? El mal, la vergüenza son para este tristísimo país donde hay protervos que hacen ostentación de aborrecimiento á cuantos, á fuerza de estudio, saben beneficiar las dotes que Dios les ha concedido, y á fuerza de dignidad y valor, elevarse sobre enemigos á quienes la pasión tiene cerrados los ojos y los oídos para no ver ni oír lo que en el día constituye una gloria nacional.

En una carta, publicada hace algún tiempo, dijo Montalvo que al Ecuador mandará dos ejemplares de su obra para que los quemén. Montalvo conoce á los reverendos de su país, pero se equivocó envolviendo en ese juicio á la generalidad de los ecuatorianos; sepa que aquí se busca su obra con ahinco, se la lee con avidez, sin que valgan la censura ni la charla clerical. Este hecho tiene que ser satisfactorio para el autor y sus compatriotas, por que demuestra que no vamos muy atrás de los demás pueblos y que en los tiempos que corren los golpes de autoridad nada pueden ya contra el torrente de civilización que inunda al mundo, volcando cuanto dique se procura oponerle.

Por lo demás, no somos nosotros, de todo punto incompetentes, los que colocaremos los "Siete Tratados" entre las obras más notables de este siglo, y en la cabeza del autor, la merecida corona; lo han hecho ya jueces respetabilísimos, allá en donde se conoce y aprecia todo lo que vale, sea cual fuere el rincón de donde salga.

LOS E. E.

LOS "SIETE TRATADOS".

Los términos en que los más notables periódicos de la capital de España han hecho mención de esta obra y de su autor, no podían ménos que llamar nuestra atención, tanto más, cuanto que nuestro programa es poner de manifiesto, bien así los intereses políticos y literarios de nuestra patria, como los de Hispano-América, ahora que españoles y americanos estamos empeñados en estrechar los vínculos de familia que por felicidad nos ligan. Proponémos, pues, dar á luz dentro de poco el retrato del autor de los "Siete Tratados" con un rasgo biográfico, ya que tanto ruido ha hecho por de pronto en Madrid, y ya que es tan conocido en las repúblicas americanas desde "El Cosmopolita" hasta las "Catilinarias."

La prensa francesa suele ser un tanto egoísta: es raro ver que ella aluda á obras de españoles; de hispano-americanos, será maravilla si se ocupa alguna vez: los "Siete Tratados" han merecido en Francia que escritores competentes le saquen brillantemente al hijo del Ecuador. A más de los artículos publicados ya, sabemos que *L'Opinion Nationale*, uno de los primeros diarios de París, va á hacer un juicio respecto de los "Siete Tratados". Basta saber que á la aparición de esta obra, Montalvo ha sido nombrado ó propuesto miembro de varias Academias, para que nosotros, tan vivamente interesados en el progreso y el triunfo de nuestros hermanos menores, no nos desentendamos. Un insigne poeta español, nuestro amigo el Señor Don Miguel de Losada, se propone sacar varios romances de los episodios del libro de Don Juan Montalvo. Prosa americana pasada á verso castellano, es lo sumo del honor para

un hijo del Nuevo Mundo.

“Obra de gran inspiracion, de alto vuelo y de corte á la antigua”, dice *Le Moniteur des Consulats*, hablando de los “Siete Tratados”. El ser mentado entre Miguel de Montaigne, Larrochefaucould y Pierre Charron por un autor francés, es mucho, sin duda, para un hispano-americano. Bien es que ya el sabio viajero, Monsieur Manó, se habia atrevido á poner á Montalvo al lado de La Bruyére. En cuanto hemos leído de España y de Francia sobre la obra que nos está ocupando, hallamos grandes encarecimientos sobre su carácter de profundidad filosófica y elevada moral; por esto quizá Don Manuel del Palacio, el conocido bardo español, ha dicho que los “Siete Tratados” son demasiado profundos, para que lleguen á ser populares. Alimento de inteligencias y almas escogidas, de ellas se derraman los frutos saludables hácia el pueblo; y si una obra eminentemente moral y filosófica no es para él, de segunda mano todos sacan algun provecho. En cuanto al estilo, Castelar, orador poético, le juzga de lo más raro y hermoso, como puede verse en la noticia que se halla en “El Globo” de 23 de Julio.

Los servicios que hacen á su patria escritores como Don Juan Montalvo, son de mil maneras: el tratado de “Los héroes de la independencia” ha abierto un vasto horizonte á la curiosidad de los europeos, quienes generalmente ignoran la naturaleza de esos hombres y esos acontecimientos. “Parece llegada la hora, dice un escritor francés, de que los europeos admiren sin reservas y conozcan en sus pormenores los hechos de abnegacion, valor y audacia que immortalizan la epopeya americana, y que rivalizan por su grandiosidad con los de los tiempos heroicos de Roma”. En seguida hace mencion de Antonio Ricaurte, acogiendo el recuerdo de Montalvo, quien le ha puesto par á par de Mucio Escévolá.

Por ahora vayan estas líneas; que no será imposible nos ocupemos más detenidamente en el libro que

tan abundante cosecha de parabienes y de fama le ha valido á su autor. Dénnos de estas cosas los hispano-americanos, que los españoles tendremos gusto en darles la mano, honrándonos con su parentesco.

“Europa y América” N.º 67, Año III.

CRÍTICA LITERARIA.

DON JUAN MONTALVO

Y SUS “SIETE TRATADOS.”

Si el nombre del autor precede en este título al del libro, no es por buen gusto eufónico, sino por buena lógica; pues si es posible hablar de un cedro enorme que majestuosamente se levanta en los aires, cautivándonos con su esbeltez y fuerza, sin mencionar siquiera la tierra en que ha nacido, es infructuosa empresa, ya que no intento loco, el querer separar lo que compone un todo indivisible.

Estamos en presencia de un fenómeno raro en estos tiempos de sonrisas amables, y apretones de manos cariñosos, y protestas ardientes de amistades que luego se desmienten con los actos, al torcer de la esquina; en estos tiempos de egoísmo refinado en que las almas tienden solo á cerrarse, en que nada completo nos descubren, como de él lo confiesa el gran Châteaubriand, ese egoísta sublime, en sus Memorias.

Un hombre se aparece, se nos llega, con ademán severo nos detiene en la marcha incesante hácia la tumba, y nos dice: ¡Mirad! Lo que así muestra á los ojos atónitos del mundo que, al pronto no comprende, pero mira, es su alma toda ella, sia antifaz ni aun velos tras-

parentes, desnuda, iluminada por la verdad que alumbraba los más ocultos senos.

¡ Escena prodigiosa ! Nos ofrece la múltiple vision de un pecho abierto, con sus creencias, sus dudas, sus virtudes, defectos y pasiones ; sus duelos y alegrías, sus pequeñeces, sus grandezas, sus luchas, sus reflejos de la divinidad. Todo es palpable ; todo podemos verlo, y visitarlo, y estudiarlo á sabor, con el deleite que fluye de lo nuevo, lo eternamente nuevo, que cuanto más se observa más subyuga é incita la razon ; ¡ el sér humano !

El atrevido que nos pára y sorprende, ese es Montalvo ; y los *Siete Tratados*, la magnífica luna en que se copia su personalidad. ¿ Cómo ocuparse de la una sin el otro ? Es infactible robar al sol su fecundante fuego sin dejarle apagado, y en el libro que hemos leído dos veces, sin descanso, la lumbré es el autor.

No se crea, empero, que es autobiografía la que ha firmado. Es una gran leccion ; es un tesoro que ha reunido el estudio, y cuyas joyas ha labrado un ingenio peregrino ; es un compuesto hermoso de ideas y sensaciones, seductor, filosófico, instructivo, altamente moral ; pero esa obra no es fruto sólo de un talento jóven y en plena eflorescencia : el cerebro, los músculos, los nérvios, la generosa sangre del escritor han sido los colaboradores que le dan esa vida, ese soplo potente, ese interés inmenso, extraordinario en libros sin accion. El alma es bella, y por eso su imágen nos engríe. Estudiémoslas, pues, al mismo tiempo, si ha de ser útilmente, con ventaja.

Por muy americano que sea don Juan Montalvo, su cara es española y tan castiza como su habla soberbia, á la que ya vendremos. Cabeza varonil, digna por cierto del pincel de Velazquez, si no miente el retrato que á la vista tenemos. Regular es la frente, bien ceñida por un pelo algo corto, cambiado desde el año en que compuso su estudio *la Belleza*, pues decia á la sazón que su cabeza era "explosion de enormes anillos de

azabache," y aquí no vemos rizos, lo que la vez le otorga cierta marcial rudeza.

Bajo las cejas, finas si pobladas, los ojos, bien abiertos, anuncian la arrogancia, y se comprende que "como balas negras" vayan á su enemigo, sino tanto, "como globos de fuego celeste," al corazón de la mujer amada. Mas ¿qué ternura, qué cariñoso afán puede exigirse en quien mira la cara de un fotógrafo? La nariz es valiente, de alas anchas, y la barba redonda sombrea un cuello delgado "que ostenta orgullosamente la nuez, símbolo de la masculinidad." Secoso es el bigote, que parece avezado á cosméticos; si es así, inconsecuencia en quien con tanta gracia satiriza la artificial donosura. De la boca no es muy prudente hablar por un dibujo; pero es, tal cual la vemos, expresiva, de sinuoso perfil. Son algo enjutas las mejillas, que él pinta de tostado color y algo picosas, pero "no hasta no más." Este conjunto revela un pensador franco, sin duda, animoso también; pudiera ser un tanto melancólico; de cierto, desabrido.

Colérico, lo es; mas no haya miedo; también lo fué Jesús; teniendo el alma en sosegada paz, podeis llegaros y tenderle la diestra que él cogerá gustoso y apretará sincero; solo el malo debe guardarse de él, pues es terrible cuando enristra la pluma con el pecho lleno de indignacion. Sabe ir á fondo y apoyar los pulgares en la llaga. Pero es justo y es bueno. "¡ Ah! ¡ Si pudiéramos hacer revoluciones en paz!" dice en un punto; y luego cuando habla de su hermano don Carlos, muerto sin confesion, tal le describe, que el llanto se nos sube á las pupilas; y no hay aquí artificio de la frase, sino santa emocion, ternura inmensa de que la letra está como impregnada. Cariño, admiracion, dulzura, llanto conserva para aquellos que son dignos; su gran bondad estalla más pujante que nunca en esa página, sin duda incomparable, de los *Héroes de la Emancipacion*.

Algo se extralimita don Juan cuando se exalta, mas ¿ cómo censurarle? ¿ Cómo no comprenderle y no apro-

bar ese arrebató á que, en suma, nos expone la tan sacra virtud del patriotismo que adoramos los viejos de Castilla? Creemos nosotros que, irremediablemente, tendrá don Juan Montalvo más que en su patria, amigos en España. Sin embargo, habrá pocos que estén del todo acordes con diversos pasajes de Bolívar.

Empeño singular en mis paisanos el no aceptar lo hecho, y como ciertos padres ya algo raros, seguir considerando á los hijos mayores como si fueran niños de andaderas. Agradecen el bien que les llevamos, perdonan lo que un tiempo padecieron, se hacen libres un día. ¡ Benditos sean ! ¡ Nuestra la culpa fué ! Y hoy es demencia el guardarles rencor ; más bien debemos secundarlos, hacerles expedita la vía, si lo podemos, tener placer y orgullo en que marchen, avancen, se aproximen, lleguen y acampen en la cima más alta del progreso. Nos debieron la luz ; tal vez un día, en el curso agitado de los siglos, vuelva la luz de América á la Europa. ¿ Quién se rio ? Alguien habrá ; pero es humano el no ver mas allá de sus narices.

Por la misma razón dirá la gente qué hallamos en el libro que en tal modo nos encanta y admira ? Muchos leen y así exclaman : “ No hay novedad aquí, ciento y mas veces hemos pensado idénticas especies. ” ¿ Y por qué no lo dijo ? le pregunto al sensato lector ; fuérais ahora quien se llevara el premio merecido. Es rosa la de Tours, la de Sevilla y la de Alejandría ; pero con eso, no son las mismas rosas ni en la forma, ni en el color ni aroma. Es agua la del Sena y la del vasto lago de Ginebra, y es agua la del mar ; pero ¿ quién niega que en nada se parecen ?

Mérito es en don Juan haber reunido las ideas no enunciadas y habérselas expuesto en sus Tratados. El mismo expresa esta verdad antigua : “ Tienen de particular las obras maestras, que cuando uno las lee, piensa que él mismo pudiera haberlas imaginado y compuesto ; ¡ son tan cumplidas en naturalidad y llaneza ! ” Si crees poder decir lo que él ha dicho, ¡ oh profano lector ! le

alzas un trono y le rindes tributo cuando piensas rebajarlo, humillarlo, ó bien alzarte tú hasta su cabeza.

Erudito es don Juan; más bien amigo que de historia moderna, de la antigua; pero si busca en la antigüedad clásica, tan sólo son ejemplos, y aceptamos ese especial amor, aunque sintiendo que no mencione ejemplos más recientes é igualmente notables. Sus imágenes tienen gran novedad, son expresivas; enérgicas ó suaves, siempre exactas en situación y henchidas de poético entusiasmo.

Escrito con el alma, siendo el fondo de gran elevación, son ya dos títulos que aseguran al libro larga vida; el tercero es la forma; y aquí es fuerza dar lugar á un aparte en el que quepa mi modo de pensar.

Aborrecemos la crítica mezquina, Diógenes de vocablos mal compuestos, traperero que anda entre oro rebuscando algún cobre, dejado por olvido ó á sabiendas. Y por esto nos duele que don Juan nos regale *Comentarios*, conteniendo esforzado por su estilo. Es nervioso; le irrita lo absurdo, lo infundado. Bien lo comprendo, pero no lo apruebo. Desearia yo en don Juan mucha más calma, desprecio más profundo. ¿Ignora acaso de qué albañal de envidias y rencores mana ese arroyo infecto de críticas estúpidas?

No lo dude el autor, todos le admiran; pero si para el bueno, de aquea admiración nace la estima, la simpatía acendrada, para los otros nace sólo la envidia y el deseo de manchar con sus babas cuanto tocan. “¡Bueno, muy bueno es esto!” se dice el detractor en sus adentros. Y algo le roe la boca del estómago. Sin sentirlo, llega á exclamar muy luego: “Esta es barbaridad,” y ya lo cree. Debe probarlo y es fuerza alambicar, presurar la oración, los verbos, los adverbios, las palabras, las sílabas, las letras, para alegar la prueba requerida.

Prolífico venero es la errata de imprenta. “Ven ustedes que es muy nulo don Juan: *almibarado* pone con una *v*, *zote* con *s*.” El cajista, á mi juicio, hace una

buena accion : permite al prógimo que calme su rabia de morder ; y en sustancia, se acredita este prógimo de bárbaro con dos ó con tres *bb*, y acredita de excelente al autor, pues quien tales faltas y nimiedades saca como argumentos, sólo prueba su mala voluntad ó su ton-tuna.

La defensa en don Juan no es necesaria ; no escribe para el vulgo, ni con mucho ; mas para los letrados los mas cultos, y estos no necesitan de la luz que los guie, y hacen justicia de tanta dentellada de gozquejo, si es que llegan acaso á reparar en ellas, que lo dudo.

Don Juan se queja, no con mucha razon, de sus cajistas. “Libros españoles, en España,” clama. “Si Dios permite que yo dé á luz en Europa otra de mis obras, será en la patria de Cervantes.” Sea en buen hora ; mas salgo á la defensa de los míos, y le afirmo á don Juan que hay en Paris cajistas españoles muy capaces de componer su copia tan bien como en Madrid, y que dan pruebas hasta la saciedad. Estudios míos de muy poca importancia los he leído tres veces, y han salido limpios de toda errata.

La lengua de Montalvo es muy correcta y muy suya en un todo ; para el vulgo tendrá tal vez un cierto parecido con la de Castelar por lo sonora, fluyente y numerosa ; en una y otra hay calor, movimiento, altilobuencia ; no es el habla serena de Quintana, del insigne Gaspar de Jovellanos ; quieras ó no, hay en ella influencias del francés, de Víctor Hugo, más particularmente ; mas no cabe otra comparacion.

Castelar, á menudo es redundante ; amontona palabras, y arrastrado por la armonía efectiva de la frase, nos la deja vacía ; don Juan Montalvo no incurre en ese error, y cuida siempre de amontonar ideas con las palabras. En esto es superior. Demás, no siempre se anda montado en zancos, por las nubes ; baja á la madre tierra y aun á veces suele ser familiar, pues “echa el resto,” y en demasía moderno : “Apaga y vámonos.” Para nosotros, esta es habilidad.

Saca arcaísmos del polvo del olvido, que nos placen, y hay torneos de la frase algo franceses, que merecen aplauso por lo bellos. Suele también haber vocablos raros, que serán para muchos galicismos; los hay en Alarcón, y son castizos; otros podrían hallarse, más usados y que vinieran á decir lo mismo; pero tiene el autor, y así nos gusta, la comezon moderna de la palabra exacta, inevitable, que pinta por sí sola lo que quiere expresar. Méenos agrado nos causan en un libro de tal índole los americanismos de que usa, si bien con parsimonia y subrayados, y pediríamos con ansia en la novela que de cosas de América tratase. Insistamos en ello: es el estilo de Montalvo muy suyo; confundirlo con otro no es posible, y esto, amigo lector, puede decirse de pocos en el día.

Don Juan se queja, y aquí está en la razón, punto por punto, de que tanto traduzcan en España, y á más de tanto, mal, pésimamente.

Nos cita traductores que con gracia vapulea y analiza; menciona algunos excelentes; mas uno se le olvidó, hoy el primero, que merecía un elogio de su pluma; yo se lo doy por él (aun sin nombrarlo) y estoy seguro que lo agradecerá don Juan, él que tan justo en todo se nos muestra.

Justo soy yo también en cuanto cabe; me acerco al escritor con gran respeto, lo estudio con esmero, tengo en cuenta sus vigiliass, sus luchas; si no es bueno, como no soy yo crítico de oficio, me callo y se acabó; si me entusiasma, si llego ya á admirar, no puedo menos de decir mi sentir, que no envidia, contento me producen los laureles que miro en otras sieness.

Don Juan Montalvo es un gran escritor, y sus Tratados, lo he dicho, vivirán; no son, empero, la base de su gloria. Está llamado á darnos la novela americana; lo creemos su misión; los episodios del *Cura de Santa Engracia* y el *Otro monástico* son pruebas claras para quien sabe ver, que ése es su centro, que ése será su fin. A menos....

Dicen,—no conozco á don Juan, y así lo ignoto,— que tiene aspiraciones al gobierno. El dicho es verosímil y muy digna la ambicion en don Juan; es de su raza. Pero me digo; ¿qué será del autor si es gobernante? Y pregunto además: si á tanto llega, ¿no me lo matarán? Tengo sabido que, tan cruel perspectiva, seria solo incentivo mayor. Tambien supongo que todo lo que es jóven y elevado, y tiene corazon y se entusiasma, debe estar con don Juan. Mas ¿no habria muchos que volverian al escritor la espalda para irse airados sobre el gobernante?

Su ambicion no es mezquina: lo que él quiere es sacar á su patria del estado doliente en el que gime, verla grande y feliz; su influencia, inmensa ha de ser como escritor, inmensa y positiva. Y á mi modo de ver, más le valdria á su patria que fuese, como es, el alma de ella, que estuviese presente á toda hora, que á él marchasen las masas en los trances de apuro y le pidiesen consejo y proteccion. Pero, gobierno . . . ; es tan jóven la América; tan viva! . . . ; Suele la juventud ser tan ingrata!

Sea de ello lo que fuere, mi deseo es que don Juan escriba esas novelas en que palpita el mundo americano, como él mismo palpita en sus Tratados.

Si es ley el resumir, tan sólo sea por dar gusto á la gente que rebusca en la prensa sus frases y opiniones para soplarlas luego como suyas, aprendan ésta y digan: ¡La Gran Colombia nos ha dado un HOMBRE, y héte que el hombre nos ha dado un LIBRO!

García-Ramon.

De "El Correo de Ultramar" N° 1618.

“SIETE TRATADOS”

POR DON JUAN MONTALVO,

[TRADUCIDO DE L' OPINION NATIONALE, DE PARIS.]

Hé aquí un libro que si fuese traducido al francés; daría golpe, colocando á su autor incontinenti entre las personas más ilustradas, los filósofos más amables y los escritores más eruditos; esos escritores cuyas facultades intelectuales y morales les hacen aptos para examinar las cosas y formular las lecciones, leyes y verdades que los grandes iniciados saben deducir del estudio de la naturaleza, de los sucesos y de los hombres.

Don Juan Montalvo es, en efecto, literato de los más eminentes, y á un mismo tiempo uno de los hombres políticos de más influencia en la América Meridional. Su papel en las luchas contra los tiranuelos y los tiranos de su país ha sido decisivo, pues ha concluido por derribar á más de dos Presidentes con sus escritos, entre los cuales sobresalen las doce *Catilinarias*.

Los *Siete Tratados* son obra magistral que, en cierta manera y por decirlo así, es la revista del género humano, que pudiera muy bien intitularse “El Mundo antiguo y la antigüedad juzgados por un hijo del Nuevo Mundo.”

Natural es que en el tratado de la *Nobleza*, la curiosidad de este liberal de ideas espiritualistas, pero vastas y tolerantes, se vuelva desde luego al enigma eterno del origen de nuestra especie. Gusta poco de Renan; quien le echó á perder su Dios y su religion; Renan.

ya que es necesario designarle por su nombre, [1] dice, como Lafontaine habia dicho de la peste. Méenos aún gusta de Darwin, y se exaspera cuando considera aquella teoría de los materialistas, según la cual el hombre desciende en línea recta de los animales de los bosques.

Cruzando los siglos con raudo paso, vemos desenvolverse gradualmente las civilizaciones primitivas, bajo la influencia benéfica de los grandes hombres, los filósofos, los poetas y los legisladores. En el concepto de don Juan Montalvo, los nobles no pueden ir á buscar la raíz de su árbol genealógico entre los dioses; ni piensa que haya nobleza que no salga de la plebe; verdad ésta, demostrada por él con una grandeza de estilo, una originalidad y un arranque de pensamientos y palabras que sorprenden y poseen verdaderamente al lector. Admite don Juan Montalvo la nobleza como clase social, sin concederle, empero, prerogativa ninguna so pretexto de mejor sangre; pues no hay buena sangre dice, sino la que destilan las virtudes; y las virtudes pueden ser el bien, así de la aristocracia como de la democracia. Respecto de la Iglesia sus opiniones no son méenos liberales, y sostiene que si el espíritu del Evangelio triunfa algun dia, la democracia será la ley de las naciones, sin que pueda haber pueblo feliz donde el clero es el apoyo y el instrumento de los tiranos. Cosas son éstas bien sabidas entre nosotros mucho tiempo há: á este respecto nuestra educacion está concluida. Mas no olvidemos que los españoles de uno y otro Mundo, para quienes escribe el señor Montalvo, vienen muy atrás en esto de ideas de nobleza y de religion, teniendo entre ellos, como tienen, raíces muy profundas el fanatismo y las aprensiones nobiliarias. La tendencia del autor á des-

[1].—*L'Opinion Nationale* del 24 de Octubre ha publicado una rectificacion en el punto relativo á Renan por reclamo del señor Montalvo. La alusion al verso de Lafontaine fué del Obispo Dupanloup, y Montalvo no ha hecho sino recordar esa temeridad de Su Ilustrísima.

truir toda clase de errores y poner en su lugar las verdades que en nuestro siglo ha sentado el progreso del género humano, es lo que hace que su obra sea bella, grande y útil. Vivirán, sí, vivirán en los anales de la grande literatura las páginas donde traza el magnífico cuadro de la Nobleza, la gran Nobleza de Luis XIV, la creada por Napoleon I y la Nobleza inventada por Napoleon III, *Napoleon-sombra, porque no salvó la patria.*

No hay nobles de nacimiento; pero la nobleza es elemento social que ha de transmitir de generación en generación las virtudes de los antecesores. Cual otro Ovidio, el autor de los *Siete Tratados* afirma que nadie es noble por las riquezas ni por la cuna, sino por la inteligencia bien usada y por la virtud bien entendida. Es de ver cómo trata á los nobles de la América española: á esos cuya vanidad aquíjotada se empeña en conciliar los principios republicanos con la soberbia de la monarquía.

En nuestra época, el número de los que escriben es inmenso; pero es raro hallar entre ellos ese estilo y ese lenguaje, cuyos movimientos armónicos expresan las inspiraciones y las creaciones del espíritu con la magia de los acentos y el resplandor de los colores, no ménos que las realidades y los desengaños. Apasionado de la forma, nuestro autor es un pintor de la belleza: los retratos que hace de los diferentes modelos de hermosura femenina en todas las partes de la tierra, seducen verdaderamente, encantan; digo más, transportan. Difícil sería hallar más delicadeza de tacto, más variedad de tintes y especies, más finura, más seducción y elegancia que en las mujeres del tratado *De la belleza en el género humano.*

En el del *Génio* vemos desfilan delante de nosotros á todos los hombres que han adquirido derecho á nuestra admiración, sea en las artes, sea en las ciencias ó en la literatura. ¿Cuándo principia el Génio, dejando de ser simple talento? Nadie puede decirlo: este punto sutil no lo decide uno sólo; y he aquí por qué, sin ha-

cer reproches á Don Juan Montalvo, el gran historiador Cantú no ha podido ménos que hacer una especie de reclamacion tocante á la distancia que media, dice, entre Manzoni y Víctor Hugo, en el tratado del *Génio*. Copiamos sus propias palabras.

“Los *Siete Tratados* no son nuevos en Italia. *El Buscapié*, uno de ellos, ha sido ya traducido á nuestra lengua. Gran caudal ofrecen de hechos y conceptos sobre los últimos acontecimientos de América, principalmente el tratado de *Los Héroes de la emancipacion*. Permittedme, con todo, no estar de acuerdo con vos en lo tocante á ciertas cosas y ciertos hombres de nuestro tiempo y de mi país, aun cuando no rechace todos vuestros conceptos. Solo el porvenir puede poner en su verdadero lugar á Cavour y Garibaldi. Como biógrafo, protesto tambien contra la enorme distancia á que poneis al *hombre de Génio*, Manzoni, del *Génio*, Hugo. Esto no obsta para que admire yo las grandes intenciones, la vasta erudicion, la rectitud moral, la elevacion constante de Juan Montalvo”.

El espacio de un periódico es demasiado estrecho para que nos sea posible consagrar un estudio detenido al bello cuadro histórico de *Los héroes de la emancipacion de la raza hispano americana*, donde se levanta la grandiosa figura de Bolívar. Inspirado por el más alto patriotismo ha resucitado y eternizado, para los que admiran la abnegacion y el valor, esos héroes cuyas virtudes rayan en el estoicismo de los antiguos. [2]

El autor de este libro es un Proteo: cambia de forma y de materia: ahora es la Grecia, ahora son sus filósofos: No es solamente el erudito que

(2).—Algunos escritores franceses é ingleses escribieron al principio respecto á Bolívar y la guerra de la Independencia: después, todo eso habia caido en olvido en la Europa egoista; por eso dice el escritor que don Juan Montalvo *ha resucitado* á Bolívar.

Nota del traductor.

evoca sus personajes y los hace moverse y hablar: hay también en estos *Banquetes de los filósofos* un impulso, un verdor, un buen humor impregnado de sabor antiguo, que embelesan por la elegancia de la conversacion, la finura de la frase y lo picante de la ironía. Este tratado nos hace ver gran arte dramático en el lenguaje de los interlocutores; y don Juan Montalvo despliega con la mayor comodidad un tacto maravilloso en esas pláticas llenas de salada burla y de alegría de buen gusto. La dicción exquisita, la forma aguda de la interrogacion, la retórica florida, las sutilezas de los sonistas, la moral brusca y elevada, todo ésto está campeando en medio de las antitesis más sorprendentes y de las divagaciones más ingeniosas. Estas conversaciones simposiacas, ó de mesa, son para nosotros tan interesantes como si se tratara de hombres de ayer ó de sucesos actuales.

El Buscapié, que es el último de los "Siete Tratados," está consagrado á Cervantes. Aquí el talento de don Juan Montalvo toma un aspecto absolutamente nuevo y diferente, y se desenvuelve en la gracia, el ingenio, la ironía y el buen sentido chocarrero con que personifica; de una manera tan acabada; el género de escritos que ha vuelto inmortal al autor de don Quijote. Podríamos quizá sindicar á Montalvo de alguna parcialidad por su gran autor; y es, en efecto, mal meditado eso de poner á un grande hombre sobre otro; dos águilas se levantan á igual altura: el género humano rinde un mismo culto á Cervantes, á Shakspeare, á Camöens y Dante; Dante, el hombre de los dolores como Cervantes; con la diferencia de que el uno es suave y resignado, y el otro anatematiza y condena. El uno se rie de las preocupaciones y arranca los oropelos de su tiempo, el otro castiga y compone un amargo epitafio para su tumba.

De todos los "Siete Tratados" de don Juan Montalvo ninguno es más difícil de ser comprendido y apreciado en su justo valor por nosotros, los franceses, que éste del *Buscapié*; no solamente por el estilo refinado;

sino tambien por esos juegos artificiales de bromas y donaires, cuyo verdadero alcance es casi imposible para los pueblos que hablan otras lenguas. ¿Ni quién podría hacer sentir en la francesa lo picante de esas alusiones españolas? Por otra parte, Cervantes no es tan familiar para nosotros que podamos seguir á Montalvo en los comentarios y la glosa. Pero ved cómo este americano cambia de entonacion, y como, á modo de filósofo algun tanto burlón, se despide de sus lectores:

“La fortuna se rie siempre del talento, la sensibilidad, las virtudes: quieran los cielos que los hombres malos hallen qué aborrecer, no de qué reirse en este libro; y quieran tambien que los propensos á la verdad y al amor, no le vuelvan las hojas, sin hallar aquí y allí algo que diga con sus propios pensamientos y afecciones.”

“L.’ Opinion Nationale” de Paris.

POR demás sería llamar la atencion de nuestros lectores á una cosa que está saltando á la vista, y es que críticos españoles, orgullosos de su gloria nacional, que es Castelar, están presentando á don Juan Montalvo, como escritor superior á ese afamado europeo. No faltarán quienes protesten, así en Neo-Colombia como en Venezuela, contra la última frase del bello artículo crítico del señor García Ramon, que reproducimos hoy, porque efectivamente la *Gran Colombia* ha producido *más de un hombre*, á cuya inteligencia y saber don Juan mismo ha rendido homenaje.

Bien es verdad que á éste le ha llamado César Cantú, varon clarísimo cuya autoridad filosófica y literaria reconoce el mundo; le ha llamado, decimos, “honra de su patria y del género humano,” y en Francia se ha dicho que los *Siete Tratados* “vivirán en los anales de la

literatura." Un notable periódico de Barcelona, *El Di-
ludio*, dijo á su vez que don Juan Montalvo era *una de
las mas grandes glorias literarias que los países hispano-
americanos hubiesen producido*. Este modo de expre-
sarse es más justo y correcto que el del señor García
Ramon. Poetas, literatos y sabios de primer orden ha
dado la Gran Colombia; pero es verdad que, hasta aho-
ra, no tenemos noticia de que á ningun hispano-america-
no se le haya puesto en Europa entre filósofos y mora-
listas de la talla de Montaigne, Labruyére y Larroche-
faucauld, como se está haciendo con Montalvo. Escri-
tores famosos franceses, españoles é italianos le llaman
"filósofo profundo, moralista elevadísimo." De autores
de esta índole, en realidad, Montalvo es el primero en
la raza hispano-americana, y harta falta nos hacía un
moralista de esas proporciones.

Haremos tambien observar al autor de la "Crítica
Literaria", que esas aspiraciones al gobierno de parte
de don Juan Montalvo, no se dejan ver con mucha fuer-
za. Su dilatada permanencia en Europa es, al contrario,
prueba de que no ha sido atormentado por el demonio
de la ambicion. En país de revoluciones y de genera-
les, como el Ecuador, mal puede aspirar al mando, con
la ausencia indefinida, un censor tan severo de los vicios
y las malas costumbres políticas y sociales. Desgracia
puede ser para su patria el que don Juan se muestre así
tan indiferente al mando y al poder; aunque seria tam-
bien desgracia, mayor quizá para las letras americanas,
el que se dejase arrastrar por la ambicion en cuerpo y
alma.

Terminaremos esta lijera glosa á la bella crítica del
escritor español, observando que la réplica que da don
Juan á la censura que sus compatriotas le han hecho,
no es ahinco de defenderse; ni valia la pena; es sí
ocasión de dilucidar puntos de gramática y de retórica,
y dar lecciones que harto necesitaban los literatos de su
país. Si el desdén de don Juan hubiera sido más pro-
fundo, como quiere el crítico de ultramar, muchas de

las mejores páginas de los *Siete Tratados* no existirían. Hombres del temperamento de Montalvo, en la réplica es donde echan más luz y fuego. Ahí está la *Réplica á un sofista*. Sea de esto lo que fuere, es un consuelo para nosotros el ver que escritores europeos de gran autoridad, descubran, alumbrados por un americano, que allá en el porvenir las luces pasarán de América á Europa.

“La Estrella de Panamá.” N.º 703.

MAS SOBRE LOS “SIETE TRATADOS”
DE MONTALVO.

Toda la prensa europea se ocupa de la obra magistral del ilustrado escritor ecuatoriano, nuestro amigo D. Juan Montalvo; y aunque en uno de los números próximos publicaremos el juicio crítico que sobre la misma hemos formado, á cuyo efecto la estamos leyendo de nuevo, con todo el detenimiento que libro tan interesante merece, vamos hoy á publicar dos cartas relativas al mismo que, por ser de eminentes escritores, deben pertenecer á la literatura; una fué dirigida al Sr. Montalvo por el historiador más reputado de nuestra época, y la otra por el no ménos conocido escritor italiano Edmundo D' Amicis, cuyas obras se traducen á todos los idiomas.

Hé aquí las cartas:

Señor: Los que, como vos, conocen á América y tienen amor por ella; están obligados á hacerla conocer cada dia más y más. Ningun título tenía yo para recibir de regalo vuestro libro: doble es, pues, mi agra-

decimiento por haberme hecho conocer los *Siete Tratados*. Conocidos, ya lo eran en Italia: uno de ellos, *El Buscapié*, acaba de ser vuelto á nuestra lengua. Púedese beber en dicha obra como en fuente de gran caudal: abundan en ella hechos y conceptos pertenecientes á los últimos sucesos de América, sobre todo en el tratado de *Los héroes de la emancipacion*. Permitidme, apartándonos de este asunto, no estar acorde con vos en lo tocante á los juicios respecto de ciertas cosas y ciertos hombres de nuestro tiempo y de mi país: el porvenir es el único que puede señalar su lugar á Cavour y Garibaldi. Como biógrafo, protesto tambien contra la enorme distancia que habeis puesto entre Manzoni, *hombre de genio*, y Hugo, *el genio*. Esto no es óbice para que yo admire las grandes intenciones, la vasta erudicion, la rectitud moral, la elevacion constante de Juan Montalvo.

De nuevo os doy gracias por vuestra obra, y os suplico me ofrezcais oportunidad de manifestarme adicto al hombre ilustre que honra á su patria y al género humano.

CÉSAR MANTU

Milán á 22 Setiembre 1883.



P. S.—Fácilmente echareis de ver que en tres ó cuatro dias no he podido leer por completo los *Siete Tratados*; pero no me es dable refrenar mi deseo de manifestaros cuanto ántes mi admiracion. Los leo en los instantes de que puedo disponer; excusad la falta de orden en la lectura; y ved aquí una similitud admirable entre el *Quijote* y el romance de *Los Desposados*. El tono alegre, la oposicion constante del buen sentido á las triquiñuelas de la ciencia y los desmaños de la alta clase social, la verdad de los caracteres, el diálogo y la disposicion, las salidas inesperadas se encuentran por un igual en las dos obras. Manzoni, como toda perso-

na de buen gusto, era admirador de Cervántes; leíale con atención y placer, gozándose en notar ciertos modos y frases que han pasado aún al dialecto milanés y viven en él. Yo he publicado una lista de ellos en mis *Reminiscencias sobre Alejandro Manzoni*, lista que él mismo me dió en otro tiempo. Lástima grande que no hayais hecho en *El Buscapié* un parangón entre el *Quijote* y *Los Desposados*, las dos obras maestras.

Ilustre señor: No tengo palabras con qué agradecer el espléndido regalo que os habeis dignado hacerme; regalo dos veces precioso, ya por el nombre del que me lo hace, ya por su valor intrínseco. Después de las mercedidas alabanzas que de vuestra obra han hecho tantos varones ínclitos, no me atrevo á exponeros mi admiración, la cual es grande, ya por la verdad y la rareza de las ideas, ya por la belleza de la forma, ya por la elevación del intento. Orgulloso estoy verdaderamente, y feliz me conceptúo de que mi nombre haya llegado á vuestra noticia y haya despertado simpatía hácia mí dentro de vuestro pecho. Os ruego acepteis las expresiones de mi gratitud y mi profunda consideración.

EDMUNDO D' AMICIS.

Pinavello (Piamonte) 27 Setiembre 1883.

“De Los Dos Mundos” N.º 32.

SIETE TRATADOS.

DE "LA ACTUALIDAD" DE PANAMÁ DEL 7 DE FEBRERO.

HEMOS leído la obra de don Juan Montalvo titulada "Siete Tratados"; obra en que abundan ideas de primer orden sobre graves asuntos de política, sobre las mejores teorías de la estética y sobre los hechos más notables de la historia.

Alguien ha dicho que al leer la *Mesíada* de Klopstock, célebre poeta alemán del siglo 18, parece que se penetra en un templo y que se escuchan himnos sagrados.

Nosotros diremos que al leer los "Siete Tratados" parece que se entra en el campo sublime de la democracia y de la libertad, ése en donde el arte, la religión y la filosofía crecen mejor, aspirando un aire puro, y alimentándose con los frutos sanos de la experiencia adquirida y de la verdad demostrada.

Falta hacia ya, en estos tiempos de desconcierto y de abatimiento, que un espíritu dotado de fortaleza se presentara resuelto, y empeñara lucha definitiva contra absurdas tradiciones y errores detestables; tradiciones y errores que todavía se sostienen, en algún apartado rincón de la tierra, como las murallas abandonadas de los antiguos castillos feudales. El pueblo francés, al levantarse indignado el 14 de Julio de 1789, al destruir completamente la Bastilla, el edificio sombrío que representaba la dominación del mal y el ejercicio del crimen, demostró la necesidad de destruir de igual modo cuanto se opusiera al derecho, carro de triunfo en el cual avanza el pueblo hacia la tierra que su destino le tiene prometida.

Por lo demás, la obra del señor Montalvo es modelo de un clasicismo bien entendido. Allí nuestro idioma aparece con todas sus galas; las reglas del arte de escribir tienen la sanción del ejemplo.

Como patriota, el autor expone claramente la importancia y el mérito de nuestra guerra con España; y sus descripciones de acontecimientos y de caracteres son preciosas.

Bolívar, sobre todo, aparece tan sublime en los "Siete Tratados" como realmente lo fué en su batallar constante por la independencia de la América. Montalvo ha tomado las flores más preciosas del jardín de las Musas, y formando guirnaldas de incomparable belleza y de aroma delicioso, ha adornado de piés á cabeza la figura del héroe.

Sin embargo de ésto, no ha faltado quien, acaso por excesivo celo, haya impugnado una de las opiniones que Montalvo juzgó conveniente expresar con el objeto de dar cierto realce de imparcialidad y de justicia al conjunto de su admirable narración.

Aunque no tomaremos parte en el debate por centésima vez iniciado, debate en que no aparecerá ningún argumento nuevo, debemos manifestar, con entera franqueza, que aceptamos la opinión de Montalvo, y que exceptuados algunos pormenores, creemos bueno y acertado su juicio sobre las condiciones de Bolívar como gobernante y como militar.

Felicitemos al autor de los "Siete Tratados" por su magnífica obra, que viene á ser como una estrella brillantísima en el cielo de la literatura americana.

"La Actualidad" del 7 de Febrero.

DON JUAN MONTALVO,

oussin

dir

Dentro de dos días principiamos á publicar en nuestro *Folletín* los SIETE TRATADOS de don Juan Montalvo.

Una feliz casualidad, que puso verdadera sensación de inquietud y complacencia en nuestro ánimo, nos reveló la existencia en Nicaragua de ese tesoro de las letras americanas.

Sin perder un momento y como quien corre tras fugitiva ilusión, fuimos en busca del libro renombrado, que apénas cuenta meses de haber aparecido, y que no obstante, ya se deposita por la mano de la admiración en el ara cien veces sacrosanta de la inmortalidad.

Los Pontífices del arte y de la filosofía modernos, han ungido al sabio salvaje concebido por el feliz Destino en las soberbias pampas americanas.

Nos parecía que el libro iba á huir á nuestra anhelosa ansiedad, nos parecía que, como esos bienes que más se desean, se alejaba de nuestra mano al tocarlo; creíamos que nuestra santa sed de leer al sublime pensador iba á martirizarnos hasta el lejano día en que el tomo precioso viniera á nuestras manos por el dilatado conducto de un pedido, ó quizá hasta una nueva edición: y esta sed, esta inquietud, eran un verdadero sacrificio, superior á nuestra debilidad, sabiendo que tan cerca lo teníamos sin poseerlo.

Admiración profunda es como éxtasis del alma que necesita embeberse más y más.

Montalvo á un paso y no poderle leer! era como renunciar á una ofrecida confianza del infinito.

Repetir á Tántalo oh! eso no es para nosotros.

Confesamos que nos traía al corazón una tristeza profunda, y hasta un como sentimiento de despecho de no tener la famosa obra que han abierto respetuosamente los doctos del Viejo Mundo.

Un eco formidable que vino rebotando por entre las profundas é inmensas olas, el eco de la fama, aliento esta vez vivificador para los americanos, resonó en nuestros oídos que escucharon estremecidos el estallido de entusiasmo con que la culta Europa saludaba fervorosamente al filósofo ecuatoriano. Las Academias abrieronle sus puertas y por bajo aquellos pórticos pasó Montalvo erguido y orgulloso, representando el genio de la América.

Nosotros le conocíamos; ya ántes habíamos sentido, al leer otras producciones del insigne erudito, una emocion profunda, una como plácida embriaguez, una como pasión concentrada, una como tímida pero inmensa admiración que no osaba estallar por avergonzarse de pequeña é indigna. Aún en este recogimiento estático que hacía estar presente en nuestro recuerdo al severo republicano, aún viéndole marcar las carnudas espaldas de un déspota infame con el sello indeleble que usará Tácito para los reales tigres que encerró entre las barras de fuego de su mordente é implacable estilo, aún fiel y exacta y viva la magestuosa figura del armado profeta de la verdad democrática; indelebles aún las imágenes prepotentes de su decir tan rico, de su increpar tan terrible, de su maldecir tan soberano, de su flagelar tan doloroso; aún viendo hervir como ollas infernales las llagas cáncerosas que cauterizaba; aún zumbando en nuestros oídos el ai! agudo del sátiro que se retorcia espumante de rabia, como amarrado sobre un brasero inquisitorial; aún sonriendo nosotros de complacencia ante el espectáculo aterrador de aquella tamaña fiera, de aquel tamaño mónstruo acorralado, luchando por escapar á la tortura que le aplicara el genio de la libertad; aún oyendo esos bufidos colosales y siniestros que produce la impotencia en esos jaguares feroces llamados tiranos, que escuchan, mal que les pese, el destilar de las lágrimas de los pueblos que oprimen, por bajo las gradas de sus tronos, al toque del silencio de los ugie-res del remordimiento, vigilantes y tenaces por el conju-

ro del pensador; aún teniendo en los hilos de la imaginación la trama de la ciclopea pelea, y á la expectativa de una solución, tanto más interesante cuanto que al revelarse debía traer una creencia más á nuestra alma, un acicalamiento más á nuestra fe, un respeto más á las leyes humanas conculcadas, cuando un fuerte rumor anunció inesperados alumbramientos.

El déspota tenía calabozos, dinero, sicarios ciegos y venenosos, como los viboreznos; elementos del infierno y armas de perverso, recursos de desesperados y razón de la suprema sinrazón: la autocracia y la fea tiranía.

Pero sabíamos que el profeta tenía el ánfora de aceite que no se consume, el pan que se multiplica, la palabra que escuchan cien mil creyentes, la capa con que se navega en tormentoso mar, la égida de Daniel á prueba de llamas, y simpática á los leones formidables, el carro de fuego con que se va del Jordán al cielo, el acento eficaz y divino del protector de Marta; sabíamos que el profeta tenía misión de Dios, y que los destellos de aquel Hacedor de imposibles iluminaban la frente radiosa del enviado redentor. Dios no podía faltar: la causa del bien no podía mentir. Montalvo pronunció al fin el nuevo *surge et ambula*.

Don Juan, al salir de su patria, recibió confidencias del Ángel que vela por el destino de América; del Ángel, vestal á la vez que guarda el fuego en las entrañas de los Andes, en el penacho de cuyas crestas se enardeció Bolívar, y en donde prendió la luz del genio en el cerebro de este otro gigante en las lides del pensamiento.

Los magos de la libertad caldearon la espada de Bolívar, y guardados estaban de trabajo hasta que tocóles de nuevo la tarea de fabricar, en el yunque tradicional en que se cortaron las cadenas de la esclavitud, la titánica pluma del gran Montalvo.....

Montalvo se ha crecido pronto, casi de repente, como se crecen esas inmensas moles, que al principio callan y después rugen con la voz de sus cavernosos cañ-

dentes cráteres; se ha crecido y hoy tiene una voz imponente como la de las selvas ó como la voz bravía en son de amenaza de la agitada mar.

La cima ha hecho su explosion: la lava ha calcinado aquella nefanda satrapía del Ecuador, y fecundando ha nacido el libro. ¡Dos presentes de Dios: un libro y una redencion! ¡Coincidencia misteriosa! ¡Ambo portentoso de génesis!; un libro nuevo saludado por la filosofía y la ciencia, una República creada y redimida en esos precisos momentos!!

El sabio puede estar satisfecho: es el nuevo convidado á la mesa de los inmortales. Atestiguan la legitimidad de esta frase los acalorados aplausos de los grandes hombres del siglo que saludan al austero solitario al cual premian alborozados su destierro los admiradores de su gran inteligencia.

Un solo batir de palmas universal ha ensanchado estas dos exclamaciones de admiracion y contento:

¡LOS SIETE TRATADOS por el autor de las Catilina-rias! ¡Veintemilla ha rodado al suelo al empuje de la revolucion.....

Montalvo como escritor es inaudito. Su estilo es nuevo, tan nuevo que asombra; sinembargo, para que resalte más su originalidad, su frase es vaciada en el molde antiguo; le son familiares los escritores clásicos de idiomas muertos y de nuestro mismo galano idioma; parece que no tuviera modelos porque ha logrado aislar, abstraer su imaginacion del concurso que perpétuamente celebran en su memoria todos esos autores, autores príncipes, que le visitan y le asisten, y cuyas frases retiene con tanta facilidad.

Parece á este respecto, como si un montaráz, hijo de las selvas y sólo en las selvas creado, resultara escribiendo: él no diría lo que otro, á nadie ha visto, á nadie ha oído, á nadie puede imitar; se atiene como San Juan á las revelaciones de los truenos, se atiene como los leones á los poemas del desierto; para magestades se recreará en la suya propia, refractada en el firmamen-

to, ó en lagos misteriosos que son como firmamentos clavados en la tierra ; para su voz, únicamente la carea con la del Simoun abrasador. Por esto el Águila de Patmos es sóla, y por esto y por eso, Montalvo es sólo.

A Montalvo le ha bajado la lengua de fuego. El Colegio Apostólico se repite dentro de una biblioteca.

Un cataclismo dice confusion, ruina, desborde ; pero dice novedad, dice lo inesperado, dice tambien lo grandioso. Son cataclismos, el surcar por el caos del Espíritu de Dios antes de la creacion ; la creacion misma ; el drama del paraíso al representarse y después en boca de aquel visionario sin ojos llamado Milton ; el Diluvio ; Pentápolis quemada por el fuego del ciclo ; las primeras promesas para la eternidad del santo Sócrates ; La buena nueva, es conjunto de cataclismos, desde el pesebre hasta el templo, desde el templo hasta los jueces, desde el pequeño Gólgota llamado la columna de Pilatos hasta el grande Gólgota en que se enluta el sol y se rasga el velo del templo : y desde los brazos del madero sacratísimo hasta el dulce regazo de la dulcísima María, y de allí al sepulcro del caritativo Esenio : y después al seno de Abraham, y en seguida al Tabor y después á la diestra de Dios. Esos son cataclismos : en ese sentido Montalvo es cataclismo.

La soledad del destierro, produce paroxismos reveladores en el genio ; estos paroxismos conciben los Castigos ó las Catilinarias ; la soledad de la librerías da los SIETE TRATADOS.

¡ ¡ Qué hombre es ese Montalvo !! Qué divino estatuario, qué figuras tan severas, tan correctas, las que salen de su pluma, qué manera de esculpir impresiones en el alma. ¿ A quién roba pinceles y buriles sagrados que parecían haberse ido con los espíritus sublimes sus creadores ? Cómo sorprende para la humanidad esos instrumentos que sólo fueran, quizá de Homero, quizá del Dante, de Rafael, Benvenuto ó Ángel ? O si andaría dando narcótico al Manco que tiene puestos sus vigilantes ojos en la espetera donde dejó colgada su pluma.

ma. . . . Quién sabe !

¡Qué hombre es ese Montalvo ! impaciencia nos hace repetir esta exclamacion. Qué viveza tan sostenida en su lenguaje, qué cadencias, qué ritmo, sonoro á veces como de Rubraén, á veces como de Haydn, de Mozár Wacner, Verdi ; Qué animacion, qué manera de grabar clásica, qué pompa, qué galanura, qué redondez embelesante, qué potencia retentiva, qué visionario : cómo el telescopio de su genio aplicado al tiempo, le da fotografías animadas y palpitantes, que parecen resurrecciones de sucesos y personajes !

¡Quién creyera que á él le era dado sorprender el pasado en su fuga eterna por el tiempo y traerle á nosotros atado al carro de su propia gloriosa conquista.

Montalvo nos llama y nos dice ved y vemos, oíd y oímos; mirad y miramos, escuchad y escuchamos. No se nos escapan los más grandes hechos : si buscamos lo apasible, allí está Sócrates reclinado en el lecho de cariños que le tejen sus discípulos. Nos sentimos en torno de ese austero viejo precursor de la inmortalidad, nos parece conversar con él, ser de sus más apasionados discípulos ; atentos estamos ; su voz vivrante tiene un extraño retintín que nos hiela á nosotros pobres y cobardes mortales. Montalvo nos hace asistir á la muerte del Maestro ; pero de tal manera nos identifica con la escena, que estamos como colgados del último suspiro que va á exhalar el mártir ; como que circula en nuestra sangre la cicuta decretada por el Areópago. El hielo de ese que se va al Eliseo lo tenemos en nuestro cuerpo ¡Qué silencio tan profundo ! ¿Dónde estamos ? Sócrates calla, ya no habla Sócrates ; el veneno como bola de nieve circulante fué por sus venas, avanzando, avanzando, avanzando implacable hasta llegar al corazon. La congelacion de la sangre ha expélido el alma ; tal nos la describiera Sócrates que hemos sentido los vagidos de ese alumbramiento de la tumba que en exhalacion sublime dispara el espíritu hácia Dios. Primero, una como convulsion interna, descoyuntamiento intelectual de fi-

bras que serán quizá como hilos de luz; se ha desprendido, se ha arrancado el alma; como ráfaga misteriosa, ese aliento de Dios bondadoso, antes de lanzarse raudamente hacia el espacio, viene á orear el llanto que derramamos en presencia de aquel cadáver sagrado.

En lo épico, es la epopeya; las palabras de Montalvo saltan estrepitosas remedando ruido de cañones. Son como la explosión de San Mateo ó como la tromba en esas tempestades en que hierve el agua de los trópicos en los horribles temporales de Octubre. Cómo suenan las frases de don Juan, si ellas se ocupan de Bolívar ó de Ricaurte!

Montalvo es muy grande: le vereis hombro á hombro con los insignes empeñado en desatarles humildemente la evilla del zapato, único ó último peldaño que queda para superarlos; con los humanos, él no es egoísta, los protege, los alivia, los da esperanza. Él no podría temer que faltara admiración para él, y os hace repartir la vuestra más que entre los hombres entre las virtudes que os enseña á amar.

Modesto sin finjimiento sus conclusiones son rígidas como su lójica.

Es cristiano, muy cristiano, religioso y creyente; de fiero decir sí, cuando llega á cojer un vicio entre sus manos; entonces, ¡qué manera de desnudar el pecado tan pavorosa! Será capaz de ahogarnos en vergüenza, afluirá la pena á vuestro rostro en son de ataque aplopético de remordimientos, parece que va á matar; pero nada: de seguro os convertirá. La adúltera del Padre Juna cayó desmayada, y se echó al sepulcro, porque solo tierra podía ocultar su nefando crimen. Montalvo pudo tirar la primera piedra, por eso murió la infeliz.

Estad viendo siempre aquellos pecados desnudos y no los cometeréis.

Moral sana, caridad infinita, dulzura: parecen bien, aun en sus reconvenciones; él es bueno, Job de tolerancia; sólo le impacientan, como á aquél, los amigos falsos ó impertinentes, los fariseos, los hipócritas, los odiosos

Tartufos de su religion. Montalvo paciente entre los pacientes, se ahoga en cólera; cólera santa, sí, cuando sorprende reencarnando, en concubinato de mentiras, á los Herodes y Pilatos: Lo único que le ofusca son los sepulcros blanqueados. ¡Dios mio! nosotros, con ser tan pequeños, quisiéramos triturar esos infames falsificadores de la santidad.

Mirada, la de Montalvo, certera, mirada de águila: No necesita él de escalpelo, anatomiza el corazon humano con una especie de intuición que pasma. Reservado en sus juicios; como varon prudentísimo conoce al hombre y sus debilidades: aplica los más doctos remedios á los males del alma, con una gracia y primoroso esmero, que no osaría desdeñar el más hosco de los protejidos de su ciencia.

Siempre va á las últimas conclusiones; su palabra es cenit intelectual; siempre está profundo ó encumbraído. Cuando piensa es el prodigio: ha agregado una palabra á los diálogos de Fedon, y quiere también completar la inmortalidad de Cervantes haciendo hablar de nuevo á Benengueli.

Decidme ¿de quién son esas osadías?

Su dialéctica, insinuante y suave; tiene la virtud de adormecer cuando anuncia una de esas amargas verdades que, sin preparacion; soliviantarían el ánimo, cautivo infeliz, de esas sultanas viciosas dadas á la lascivia y la gula ó á la soberbia y la envidia; esas que se llaman Siete Pecados; las pasiones.

En esa dialéctica es contundente y preciso; César de la polémica, que se ejercita dominando esos resortes de acero; los escollos preparados al genio. Vence, venciendo se ha ganado la reputacion de primer polemista de América.

Montalvo gasta para cada pensamiento una palabra; tal escatima el filósofo su precioso tiempo, es conciso como la unidad.

Los pensamientos de Montalvo son como las aureas y luminosas facetas del brillante, pulidas ofuscadoras;

condensacion de crepúsculos á prueba de contacto, multiplican prodigiosamente la irradiacion. Cada faceta es un nuevo lado donde saltan destellos en órden á la posicion, ya ligeros titilantes; ya marcadamente acentuados; cada destello es de mil colores, cada color, faceta irresistible.

Parece incoherente en fuerza de la exuberancia torrecial de su genio. Niágara de pensamientos, créesele á primera vista difuso, parece que va á perder el derrotero su ascension; pero no, el conjunto es admirable, su digresion es no sólo oportuna, se comprende necesaria una vez se la conoce. Siempre ese explorador estará en el polo de la inspiracion, desenterrando tesoros en el espacio de las ideas, como aquel que desentrañó Colón; siempre despejará las tinieblas de vuestra mente, y allá donde hay una fría y pavorosa lobreguez, un flotar de tinieblas negras, como los cabellos de las hadas de la noche, allí salta él como una aurora boreal.

La inspiracion de Montalvo no sabemos cómo le llega; si nos atenemos á su justicia ha leído y adoptado aquel famoso código cretense en que legisló el augusto y terrible anciano Minos; si á su amor y moralidad, el Evangelio es sin duda su fuente de aguas vivas; si á sus indignaciones, creemos escuchar las de Tácito que tienen según el decir de un gran poeta, la consicion del yerro candente; si á sus tonantes anatemas, moja su pluma en cien pilas de Volta: si á sus sabrosas frases, regalárale Cervantes sin duda la peñola del Quijote; si á sus recuerdos, él ha vivido mucho; legendario Judío Errante del pensamiento, lleva una memoria que principia con el Génesis; si á su erudicion, él es una Enciclopedia en el siglo XIX, como lo fuera Aristóteles trescientos veinte años ántes de Jesucristo, ó como Voltaire en el siglo XVIII. No digais que es mucho: se desvanece la hipóbole hasta parecer pálida figura, si se le lee.

Montalvo vive, vive en la revelacion, es el medium sagrado de la evidencia: lo que es, lo verdadero hablar en su decir portentoso.

Este místico sublime tiene éxtasis como los de Santa Teresa. Ved como es su vision de lo inconmensurable: hablando de Dios, "es tan alto, dice, que da con la cabeza en el cielo y con los piés en el profundo: tan ancho que del medio dia á la aurora no cabe: tan claro, que el sol es tison perdido delante de sus rayos: tan oscuro, que la más lóbrega noche no es su sombra: tan santo que las virtudes de que tenemos ideas, son pecados para las que él abriga en su corazon infinito."

Pero es locura querer confundiros en nuestra pequeña admiracion. Leedle, es preciso que evoque delante de vosotros, con la vara mágica de su estilo, los hechos y los personajes, los espectáculos más grandes, los acontecimientos más estupendos. Vuestra admiracion quedará pendiente de la olímpica pluma del gran Montalvo. Ya os oiremos esclamar: en efecto hombres como ése, son presente del cielo á los mortales, derramamiento de dones, recuerdo caritativo de Dios para la humanidad!

[Editorial de "*El Diario de Nicaragua.*"]

DEL ARTÍCULO "CENSORES DE LOS SIETE
TRATADOS," PUBLICADO EN EL
"TELÉGRAFO," N.º 35,

TOMAMOS LO SIGUIENTE.....

Censores hay entre nosotros que toman por ocupacion lo que bien entendido y bien desempeñado viene á ser una magistratura; censores palurdos, se abrazan con el oficio por envidia ó con el deseo de dar á luz sus nombres oscuros y desconocidos; y sacan la cabeza de los basureros, á fuer de audaces é insensatos. Palma quiso imitar á Erostrato; Soto Calvonte ha querido ser émulo de Palma, y los Júdas que se encuentran detrás de los sillones morados no quieren ser ménos que el escarabajo de "Los Andes."

Hélos, pues, ahí á los criticones aviesos poniendo

el hombro á la imposible empresa de echar abajo al Gigante sostenido por lo más conspicuo y excelso de naciones ante las cuales nosotros, miserables gusanillos, tenemos que agachar la frente. Ved á los Júdas, devorados por esa pasion que no tolera superioridad, poniendo en manos *ilustrísimas* la pluma con la cual se escribe la prohibicion de los "Siete Tratados." Ved á los censores de capilla negra declamando en la cátedra contra una obra que ha merecido y está mereciendo el aplauso general, y admirándola, allá entre cortinas, en sus coloquios con sugetos á quienes no se puede vender gato por liebre. Ved á los doctores de misa y olla echando á los quintos infiernos á César Cantú, D' Amicis, Castelar, García Ramon y tantos otros cuya fama está llenando el mundo. Vedles mirando como cosa de poco más ó ménos la autoridad de ilustres sociedades literarias y científicas, que buscan al autor de los "Siete Tratados" *para honrar* con su nombre la lista de sus socios honorarios; vedles cogiendo puntos á la prensa europea, esa que impone su opinion á las testas coronadas, á los sabios y á los literatos y se yergue como una reina que extiende el poder de su cetro á todo el mundo ilustrado. Ved á los cuervos del Ecuador empeñados, con sus graznidos broncos é insoportables, en hallar discordancias en el canto del Cisne que está deleitando los oídos de gusto más correcto y refinado.

No llega correo sin que nos traiga periódicos europeos y americanos de los más notables, que hacen de la obra de Montalvo un monumento de la literatura de nuestro Continente, y del autor una celebridad americana. Sólo aquí, en esta desdichadísima tierra, ha habido miserables que rechazan una gloria nacional y se han puesto en berlina prefiriendo caer en ridiculez ántes que aceptar la fama adjudicada por la opinion general á nuestro ilustre compatriota.

Váyan adelante las censuras de ese asqueroso libelo llamado "Los Andes"; quiénes viven del libelo han de morir de libelistas. Váyan adelante las censuras de

sacristía, esas que nada bueno ven donde no hay agua bendita y responsos.

.....Para la *ilustrísima* hechura de Veintemilla, los "Siete Tratados" son peligrosos, por más que en tierras de Su Santidad y de la muy católica España, se piense de otro modo. Vaya adelante en su nefanda tarea la gavilla de Reverendos y Calvontes, que los "Siete Tratados" no necesitan de su aprobacion para figurar entre las mejores joyas de la literatura de este siglo.

EL Presidente del Salvador expidió el 21 del pasado mes una resolución, por órgano del Ministerio de Instrucción Pública, que honra tanto al Gobierno que la ha dictado, como al autor de la célebre obra *Siete Tratados*, que es el favorecido. Este acto del Gobierno Salvadoreño es un timbre más para ese noble país, tan decidido protector de las luces y tan liberal con el mérito. El doctor Zaidívar y su inteligente Ministro de Instrucción Pública, son especialmente acreedores á entusiásticos aplausos.

Dice así la resolución en referencia :

"En atención al mérito de la obra titulada "Los Siete Tratados," escrita por el distinguido literato hispano-americano señor don Juan Montalvo, y deseando contribuir á la propagación de libros de buena y útil lectura, el Poder Ejecutivo ACUERDA: comprar los ejemplares que se hallen de venta en esta capital, y destinarlos á la Biblioteca Nacional y establecimientos de enseñanza.

LA República de Venezuela ha enviado á don Juan Montalvo el busto del Libertador con el diploma correspondiente. El autor de los *Siete Tratados* es, quizá, el primer ecuatoriano en nuestros días que recibe esta alta distinción de la patria de Bolívar.

De "La Estrella de Panamá".

